

DISCURSO DEL PRESIDENTE DE LA ACADEMIA

R. P. JESUS EMILIO RAMIREZ

EN LA SESION SOLEMNE DEL 6 DE MARZO DE 1957

Señora Ministra de Educación Nacional;

Señores Académicos;

Señoras, Señores:

Después de la Expedición Botánica de Mutis y de la Comisión Geográfica, se ha considerado a esta Academia Colombiana de Ciencias Exactas, Físico-Químicas y Naturales, que hoy se honra con vuestra gentilísima presencia, Señora Ministra de Educación, como el tercer eslabón en la cultura científica de Colombia.

Nuestra floreciente Academia tuvo quizá su baluciente albor de vida en febrero de 1912, cuando un connotado guión de la ciencia patria, el Hermano Apolinar María fundó con sus discípulos y con distinguidos miembros de la ciudad capital "La Sociedad de Ciencias Naturales del Instituto de la Salle". La Ley 76 de 1912 y la 39 de 1913 la subvencionaron con \$ 300 y \$ 100 oro respectivamente.

El 1º de febrero de 1913 apareció el número 1 del Boletín de la Sociedad, revista que hasta el número último 110 de 1931, habría de fomentar en el país el cultivo de las ciencias y presentar ante el mundo ilustrado el fruto de los que las servían.

En 1919 cambió el nombre de carácter privado por el de Sociedad Colombiana de Ciencias Naturales, cambio que fue aprobado por resolución del Ministerio de Gobierno N° 61 de 1929.

Por aquellos tiempos fomentaban fervorosamente la prosperidad de esta insigne agrupación de hombres de saber, ilustres académicos de hoy como Ernesto Osorno, Luis María Murillo, Antonio Barriga Villalba, Enrique Pérez Arbeláez, Alfredo Bateman y otros desaparecidos ya como Ricardo Lleras Codazzi, Luis Cuervo Márquez y Miguel Triana.

Gracias a las gestiones del Dr. Antonio José Uribe, se reconoció por la Ley 16 de 1929 la oportunidad y conveniencia de esta Academia Nacional de Ciencias ya fundada, reconociéndole su carácter autónomo y se aprobó asimismo la fundación de una Asociación para el progreso de las ciencias. Cierta desidia pudo más que la ley y el entusiasmo y ninguna de las dos asociaciones prosperó.

Por aquel entonces un literato insigne, fundador de Academias y representante nuestro ante la República Española, el Sr. don José Joaquín Casas, gestionó ante la Academia de Ciencias Exactas Físicas y Naturales de Madrid, la fundación en Bogotá de un cuerpo científico correspondiente, logrando así nacionalizar una institución sapiente de la madre patria.

El Ministerio de Educación de Colombia prohibió su establecimiento y la Ley 34 de 1933 le dio título oficial. Aún nos alientan con su presencia algunos de sus miembros fundadores: Darío Rozo, Jorge Acosta Villaveces y Antonio Barriga Villalba. Los decretos Nos. 424 de 1934 y 1.218 de 1936 la reorganizaron dándole recursos y elementos apropiados para su labor, y declarándola Cuerpo Consultivo del Gobierno.

Fueron estos los primeros pasos de esta ya vigorosa Academia que en los últimos cinco lustros ha fomentado las ciencias patrias, ha animado a los investigadores haciendo público el fruto de sus ingenios y otorgándoles laureles merecidos, ha promovido las conferencias de alta ciencia, ha auspiciado las de vulgarización, se ha hecho representar en los congresos científicos nacionales y extranjeros, ha alabado al mérito y ha criticado al que no lo es, ha incrementado su biblioteca especializada, ha dotado de equipo y embellecido su sala de reuniones, ha servido de cuerpo consultivo del Gobierno, y ha emprendido por medio de algunos de sus distinguidos miembros la titánica empresa de editar la obra de Mutis, en una palabra, como lo dicen sus estatutos, ha promovido la cultura patria.

En ocasiones ha juzgado oportuna su reorganización abriendo más ventanales a los diferentes horizontes de las ciencias y franqueando sus puertas a un número mayor de científicos que aportaban conocimientos y trabajos para una noble tarea.

Rigió los destinos de la Academia desde su fundación hasta tres años antes de su muerte ocurrida en 1952, ese dinámico ejemplar de consagración al servicio de un ideal, y fervor de apóstol de la ciencia patria que se llamó el Dr. Jorge Alvarez Lleras. Su mejor monumento ha sido la Revista de la Academia. El la inició, la encausó y la defendió con patriótico interés.

Desde septiembre de 1947 hasta el año pasado presidió nuestra Academia otra eminencia de la patria, astrónomo y matemático consumado, creador del Instituto Geográfico Militar, y del nuevo Observatorio Astronómico, el Dr. Belisario Ruiz Wilches. Nos quedan los altos ejemplos de estos dos activos directores, y una futura tarea por realizar.

La revista de nuestra Academia, a pesar de múltiples dificultades, merced al apoyo que ha venido prestándole el Ministerio de Educación Nacional por medio de la Sección de Extensión Cultural, ha puesto muy alto el nombre de la Academia y de la patria dentro y más allá de nuestras fronteras. Al recibir el primer número de la Revista el magno

aeda payanés, exclamó: "Mi espíritu se sacudió gratamente al ver realizado uno de mis mejores anhelos". Al hojear otro número que llegó a sus manos más tarde prorrumpió de nuevo Guillermo Valencia: "Se conserva y supera la suma altura de su primera entrega". Supera la suma altura de sus muchas entregas el número próximo de pulquérrima presentación y selecto material dedicado al Instituto Geográfico Militar y a sus directivas con ocasión del 21º año de su establecimiento. De él son responsables además del Ministerio de Educación, el Ministerio de Guerra por su aporte económico especial, y nuestro académico Luis M. Murillo por la cariñosa dedicación que le presta como director.

Van ya publicados 38 números en 9 gruesos volúmenes con unos 350 estudios abundantes en enseñanzas y ejemplos de intensa actividad y patriótico interés.

Nuestra Academia se regocija siempre que a ella se incorporan nuevos representantes de la ciencia. Cuatro académicos correspondientes recibirán hoy los diplomas que los acreditan como miembros de Número y diez se incorporan como miembros Correspondientes.

Los cuatro primeros, por rara coincidencia son discípulos de Hipócrates, investigadores de gran originalidad, de abundante documentación bibliográfica, con cualidades de técnica expositiva y conocimiento de la noción de trabajo en equipo hoy tan en boga y tan fructífera. Todos ellos han venido escanciando su vasto saber en las mentes juveniles de nuestras universidades y lo han difundido en revistas nacionales e internacionales.

El primero que viene a mi mente es el Dr. Augusto Gast Galvis, de origen santandereano, especializado en enfermedades tropicales. Descubridor de especies nuevas de anofelinos infectantes, a él debe en gran parte la nación la erradicación progresiva de la fiebre amarilla y del paludismo, trabajando con consagración ejemplar, primero con la Fundación Rockefeller y en los últimos años en el Instituto Finlay.

El segundo con el que se honra la Academia es el Dr. Andrés Soriano Lleras, nieto del gran Codazzi, distinguido profesional de reconocida labor científica, quien ha prestado grandes servicios al país en el Instituto Nacional de Higiene y ocupa envidiable posición científica como profesor y autor.

Se presenta luego cargado de méritos científicos el Dr. J. Hernando Ordóñez, fundador de la Sociedad de Biología y primer presidente de ella, especializado en París al lado de los grandes maestros, quien ha practicado y enseñado fructuosamente su profesión y la ha honrado con su noble conducta.

El cuarto en mencionar pertenece por raza a esa nación mártir de hoy, la Hungría católica. El Dr. Kalman C. Mazey ha buscado las ánforas del saber en las universidades de Basilea y Viena y en los muchos años que ha vivido entre nosotros ha sabido

arrancar sus secretos a plantas y animales uniendo así su nombre a la historia de la farmacodinamia colombiana.

Visten hoy las insignias de miembros Correspondientes, tres académicos de gran reputación aquí presentes; dos ingenieros y un geólogo. De ojos vivos y de temperamento alegre que despierta amistades por doquiera, el Dr. Hernando Franco Sánchez va a cumplir este año el medio siglo de vida y también el cuarto de siglo como profesor en varios institutos y universidades. Es formador de juventudes y trae como investidura la Presidencia de la Academia Colombiana de Física.

Síguele otro profesor en la flor de la edad y de tiempo completo en la Universidad Nacional de Colombia. Ha sido Decano de la Facultad de Ingeniería, es Director de la Revista de Ingeniería y Arquitectura y miembro fundador de la Sociedad Colombiana de Matemáticas. El Dr. Gustavo Perry Zubieta se dirige al porvenir con un ramo florido de esperanzas.

No podemos reprimir un doble sentimiento de admiración y orgullo al contemplar los pliegues que en una frente forman el hábito de la reflexión y las continuas tareas mentales; lleva en ellas toda una epopeya de ciencia, de abnegación y de consagración. Chileno de nacimiento y alemán por raza y educación, es el Dr. Enrique Hubach el geólogo nacional. Recomendado por el Presidente Hindenburg, y por la Universidad de Berlín, para estudiar las reservas petrolíferas de Urabá, se vinculó a la geología del país hace ya muchos años. Los ríos dibujaron en sus aguas la silueta de su piragua y de su persona. Los felpudos fraylejones en los linderos de los nevados lo vieron pasar anhelante, trazando sus mapas geológicos. Su mejor elogio lo encontramos, sin embargo, en la hoja de vida que dice: "Al compenetrarse del orden geológico y quedar estrechamente ligado al país, el contacto con don Guillermo Valencia, y el matrimonio con su hija Josefina, ambas expresiones de esta naturaleza, dio al suscrito el aliento para enfrentarse a la tarea siempre creciente, a los múltiples problemas espirituales y físicos que exigían la investigación y las labores prácticas, entre ellas la exploración petrolífera de Urabá y del Catatumbo, la del carbón del Valle del Cauca, y del Cauca, la fundamentación de la estratigrafía del Oriente y empeños para resolver la del Occidente". Dr. Hubach, estábais en mora de llegar. Vuestros muchos méritos os hacen en concepto unánime de la Academia acreedor a la distinción que hoy se os otorga.

Finalmente, los siete miembros correspondientes ausentes que hoy ingresan solemnemente son: L. Escande, miembro de la Academia de Ciencias de París, Secretario General del Consejo Superior de Investigación Científica de Francia, y técnico famoso en hidráulica. Lorenzo Schwarz, matemático insigne, conferencista invitado de honor en la Universidad Nacional de Colombia. Eduardo Balguerías

de Quesada, Salvador Rivas Godoy y Fernando Fernández de Soto Morales, prestantes académicos españoles admiradores de la obra de Mutis; Adolfo Crevecoeur, de Bélgica, entomólogo ilustre, ex-secretario del Interior y Presidente de la Sociedad Real Entomológica de Bélgica; Richard Evans Schultes, de EE. UU., amigo de Colombia y empedernido herborizador tropical. Todos ellos pertenecen a esa constelación que algunos llaman de los inmortales. Lo que de uno de ellos se murmuró, lo quiero yo apropiarme para el resto, recordando un pasaje de Homero en el canto V de la Ilíada inmortal: Allí, la diosa Atenas animando al valeroso Diomedes, en una circunstancia asaz difícil, le dirigía estas aladas palabras: "La nube que oculta los inmortales a los ojos

de los hombres no te impedirá verlos". Escande y Schwarz de Francia, Balguerías de Quesada, Rivas Godoy y Fernández de Soto Morales de España, A. Crevecoeur de Bélgica y Schultes de EE. UU., tenemos una promesa segura ya que os encontráis en el número de los inmortales. Gracias al cielo os podemos contemplar aquí efectivamente a nuestro lado, aunque sea en vuestros representantes y compatriotas los embajadores y attachés de relaciones culturales de Francia, España, Bélgica y Estados Unidos, y podemos deciros que nuestra alegría se une a la vuestra y aún más, que la muy digna Ministra de Educación Nacional de Colombia ha querido también unirse a nuestro académico y solidario regocijo.

Jesús Emilio Ramírez S.J.